

## **EL RAPTO DE EUROPA**

Conferencia pronunciada el 25 de marzo de 2010 en *res publica*, Pinto<sup>1</sup>

**Paloma García Picazo**  
Profesora de Relaciones Internacionales  
UNED

### **1. Qué Europa**

Desde 1957, el 25 de marzo es una de las fechas conmemorativas de la unión entre los europeos, en este caso, los comprendidos en los seis Estados que entonces firmaron los Tratados de Roma, que trazaron la senda comunitaria que llega hasta hoy.

Han discurrido muchos años desde entonces y, mediante una actuación pragmática y funcionalista inspirada por los denominados “padres fundadores” –De Gasperi, Adenauer, Schuman y Monnet-, se han cumplido logros inimaginables en un continente enzarzado, durante siglos, en guerras y conflictos continuos que lo llevaron hasta su casi completa destrucción en 1945, junto con una conflagración extendida que alcanzó proporciones planetarias.

En el arranque de su obra *Pensar Europa* (1987, 1990), Edgar Morin -uno de los autores más citados cuando ciertos profesores y funcionarios sucumben a lo que quizá entienden que es una vena “lírica” para aligerar sus habitualmente plúmbeos escritos- declara que durante mucho tiempo fue “antieuropeo”.

De origen griego y nacionalizado en Francia, miembro comunista de la Resistencia, para él “Europa” representaba una especie de “superestructura” burguesa y acomodaticia que traicionaba los ideales de paz, humanidad y renovación política, social y cultural que habían alentado a los diversos movimientos de intelectuales y humanistas críticos –de múltiples tendencias ideológicas- que combatieron, no ya sólo al fascismo y al nazismo, sino a otros muchos valores y estructuras de las diversas sociedades nacionales europeas de entre- y ante-guerra. Y es que en aquellas naciones europeas, envueltas en una radical crisis cultural, económica, social y política que fue una de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, las desigualdades, la injusticia, el

---

<sup>1</sup> Todos los Derechos Reservados. Este texto es una adaptación libre de partes de la obra: Paloma García Picazo, *La idea de Europa: Historia, Cultura, Política*, Madrid, Editorial Tecnos, 2008. ISBN 978-84-309-4681-5

autoritarismo, el militarismo, el imperialismo, el convencionalismo... eran parte sustantiva de su ser habitual.

A raíz de la muerte de Stalin, en 1953, determinados intelectuales occidentales hasta entonces filo-soviéticos realizaron una profunda catarsis que derivó en un contundente ejercicio crítico proyectado *también* y *además* contra el totalitarismo comunista. A esta corriente pertenece Morin.

Una síntesis de su pensamiento sobre *Europa* se concreta en su reflexión acerca de lo que Europa *ha sido*, *es* y *puede llegar a ser*, adaptación de los filosóficos *Sein* y *Werden* alemanes, sin mayores connotaciones heideggerianas. Si se considera a *Europa* como *entidad en devenir* una de sus determinaciones puede enunciarse como “comunidad de destino” (*Schicksalsgemeinschaft*). El término carece aquí de las derivaciones totalitarias que se le aplicaron en la década de 1930-1940. Su versión más actual –aunque referida al nacionalismo- podría ser la de “comunidad imaginada” troquelada por Benedict Anderson, en este caso, ampliada a todo un continente.

Precisado así en sus caracteres mínimos el concepto de *comunidad*, con las nociones de *destino* y el *devenir* entra en juego la consideración del *tiempo*, y, con éste, su humanización a través de la *memoria* y la *historia*. La *historia* y la *memoria* de Europa están sembradas de guerras y conflictos encarnizados entre europeos, hasta el punto de que un concepto acuñado para referirse a ellas es el de “enemistades hereditarias” (*Erbfeindschaften*). Sobre ellas volveré enseguida.

La siguiente pregunta de Morin es incisiva. A partir de lo dicho, ¿sobre qué base pueden construir los europeos su hipotética unión? Si miran hacia atrás, el relato de su convivencia mutua es de guerras, destrucción y odio. Y éstos no sirven para edificar nada sólido pues enfrentan a los europeos a todo aquello que los desune. Si contemplan el presente –pongamos que en torno a 1990, cuando Morin escribió el libro mencionado- la situación es de incertidumbre, quizá alentada por la esperanza de los idealistas que sueñan con una Europa unida, pero también socavada por el pesimismo de los que, llamándose a sí mismos “realistas”, entienden que una unión consolidada entre europeos es más que conjetural.

Por lo tanto, para unirse, los europeos están obligados a proyectarse hacia adelante y a mirar hacia un futuro que todavía no existe. Y, ¿acaso hay ejemplos de alguna sociedad histórica que haya sido capaz de realizar un proyecto de comunidad política

secular fundándose en algo que aún está por venir y por nacer? Normalmente, los pueblos cifran su cohesión interna, su sentido histórico, en la *memoria* –por lo general, selectiva y acompañada también de una *amnesia selectiva*: sólo se recuerda lo que interesa (Ernest Gellner)– en tanto que enaltecedora de sus lazos de unión y sus vínculos de pertenencia. Pero esto es algo vedado a los europeos que pretendan unirse sin más, de forma comunitaria: su recuerdo, su memoria, su historia, están envenenados por relatos de enemistad y odio entre las diversas naciones.

En este extremo, el esfuerzo exigido a los europeos para lograr esa unión es titánico. De hecho, una de las actuaciones más positivas y menos publicitadas que se han realizado entre determinadas naciones europeas –Alemania y Polonia, por ejemplo– ha consistido en el trabajo conjunto de diversas comisiones de historiadores, que han intercambiado estudios y esfuerzos para desentrañar los elementos polemogénicos presentes en los respectivos relatos históricos “nacionales” a fin de despojarlos de factores adicionales y, a menudo, subliminales, de *enemistad hereditaria* entre los pueblos europeos. Porque si se admiten los postulados estereotípicos y estereotipificadores que describen e imponen *series completas de prejuicios entre los diversos pueblos europeos* –del tipo de “ya se sabe cómo son los franceses, los alemanes, los españoles, los lituanos...” y todo esto además en su vertiente más tópica, retórica y negativa– la desunión está servida.

## **2. ¿Qué clase de “enemistades hereditarias” entre europeos?**

Una base histórica de esa desunión estaría ligada a supuestos “sentimientos” nacionales que cabría rubricar como patriotismo y chovinismo, proyectados en las irreflexivas soflamas demagógicas propaladas por medios de comunicación poco escrupulosos, halagadores de ciertas masas semi-instruidas (Theodor W. Adorno, Thomas S. Eliot, Hans-Magnus Enzensberger, José Ortega y Gasset, Elias Canetti...) que se dejan arrastrar a todos los frentes de batalla y que luego suelen componer las bases de ciertos partidos políticos y movimientos sociales.

En ese vocinglero caldo de cultivo es fácil diseminar prejuicios fundados en supuestas “medias-verdades” adobadas sobre una hipotética “memoria histórica” construida ideológicamente, del tipo de: “los franceses, los españoles, los finlandeses, los rusos, los holandeses... *siempre actúan contra nosotros: ya se sabe como son, de ellos*

no *nos* puede venir nada bueno...” Esto se plasma, por ejemplo, en banalidades como los comentarios acerca de las votaciones del declinante concurso musical de “Eurovisión”, en el que, al menos en un plano coloquial, suele entenderse que los votantes no persiguen tanto premiar la calidad de la canción elegida como exhibir las solidaridades “nacionales” entre las diversas naciones europeas, aliadas o enfrentadas en términos “históricos”. ¿De qué “historia” y de qué “solidaridad” se estaría hablando en este caso?

En términos sociológicos, la opinión respectiva que los individuos de los diversos pueblos europeos se profesan entre sí se fundamenta en *percepciones* transmitidas por las diversas instancias socializadoras: familia, sistema educativo, medios de comunicación. Un lugar común de los relatos pretendidamente “históricos” es la omnipresente *guerra entre los europeos*. Se sobreentiende que desde lejanos tiempos los “alemanes” y los “franceses” han estado a la greña, por ejemplo, llegando a constituir esta constante un principio inamovible de la política europea. De nuevo, se trata de un “ya se sabe”, ligado a una fatalidad y a un destino contra los que no se puede luchar.

Pero esta apreciación de enemistad fatal, mutua e inevitable no concierne a sólo unos cuantos sino que puede aplicarse con diversas modalidades a la *totalidad* de los pueblos europeos, apenas sin excepciones. Hasta el punto de que ser *vecinos* y ser *enemigos* es casi la misma cosa. A ello se suman las alianzas, defensivas y ofensivas, configuradas sobre el artero principio de “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”, con todas las combinaciones posibles. Y además habría que agregarle las recurrentes invasiones devastadoras de pueblos provenientes de casi cualquier lugar de Eurasia o del Norte de África, que también han dejado su huella indeleble en esa memoria envenenada.

Por lo demás, aparte de verse a sí misma como un incierto concepto geográfico desde Heródoto de Halicarnaso, entre otros coetáneos, si Europa mira hacia atrás puede comprobar también que los que ahora son sus Estados tampoco han ofrecido nunca un aspecto uniforme o constante. En sí mismos, estos Estados son creaciones contingentes, temporales y circunscritas a las constelaciones políticas de cada momento histórico.

Pero es que ni siquiera los pueblos y naciones que anteceden a la configuración de esos Estados han habitado “desde siempre” en suelo europeo. Que le pregunten, si no, a aquel famoso catedrático de Derecho de la Universidad Complutense que indefectiblemente preguntaba en sus exámenes acerca de las invasiones de los pueblos bárbaros, a lo que había que responder diciendo que se trataba de “oleadas sucesivas”...

De Sur a Norte, de Este a Oeste, Europa es un territorio poblado por muy diversos grupos humanos que se han ido asentando de forma paulatina mediante flujos y reflujos que, en cualquier caso, no permiten adjudicarle a ninguno el título de “europeo autóctono” con carácter “esencial”. Cuando uno se pregunta por la “autoctonía” –término que aparece reflejado con prístina lucidez en el famoso *Epitafio* de Pericles, en las dos versiones, la de Tucídides y la del *Menéxeno* de Platón- y además pretende referirse a Europa... los únicos “autóctonos europeos” –al menos, desde las glaciaciones- fueron los Neandertales, extintos ya en la Prehistoria. O también quizá el “*homo antecessor*” de Atapuerca. Aunque, en realidad, si seguimos la línea de la “Eva mitocondrial” –tal vez acompañada del “Adán cromosomal”- lo cierto es que *todos* provenimos de África, por distintas vías.

Si partimos de la base de que los pueblos “europeos” no han sido siempre europeos ni han vivido siempre en Europa y que además no tienen por qué enfrentarse entre sí como tales –es decir, como “pueblos europeos”- ¿a qué responden entonces esas “enemistades hereditarias”?

Es sabido que desde el origen de los tiempos las hordas de homínidos y humanos se han peleado por los recursos; en esto no difieren de los demás animales. Ahora bien, derivar de ahí que “alemanes” y “franceses” deban guerrear entre sí para cumplir un destino histórico es, cuando menos, una estupidez... nada solemne y bastante odiosa.

Hasta el momento en que la Revolución Francesa consagró el principio de la “*levée en masse*” para congregar un *ejército nacional* compuesto por ciudadanos hipotéticamente libres, defensor de una *soberanía* también nacional confirmada en la Constitución de 1791, *las relaciones inter-nacionales en Europa fueron en realidad inter-dinásticas*. ¿Qué fue “Francia” en origen? Por ejemplo, en el Año Mil el rey de Francia, Roberto el Piadoso, era el conde de París, el duque de Francia (restringida a la Isla de Francia) y el soberano feudal teóricamente reconocido en todo el reino de los francos. La corona de “Francia” estaba adscrita a la dinastía Capeto y su descendencia (Henri Focillon), pero los “pueblos” de “Francia” eran otros muchos: gascones, bretones, occitanos... Que además ni se sentían “franceses”.

Su destino, azaroso y desdichado por lo general, estaba vinculado a las vicisitudes de sus respectivos señores -primos y parientes entre sí- que dirimían sus conflictos de intereses –familiares y otros- a través de guerras en las que una parte del ejército lo componían plebeyos reclutados mediante una leva forzosa que ostentaba el carácter de

prestación personal de servidumbre. Esto se sucedió durante siglos como es sabido. Las tropas de estos siervos podían acompañar a las de soldados retribuidos por el soberano, cuyas cuentas –en el mejor de los casos- estaban controladas por Cortes, como ocurría en los reinos hispánicos, o por Parlamentos y Dietas, como sucedía en Inglaterra, Francia o Polonia. Lo más corriente era que las disputas familiares se entreverasen con pretextos religiosos y políticos para disfrazar la intrínseca ruindad de la codicia territorial.

Desde el absolutismo de los imperios antiguos, el régimen feudal medieval dio paso a las diversas manifestaciones del absolutismo moderno (Roland Mousnier) asentado en Estados a los que poco a poco se fue confiriendo una adjetivación “nacional” no exenta de controversias y mezclada con determinaciones confesionales y religiosas que convirtieron los conflictos en irreductibles. Pero lo único cierto es que los “franceses”, “alemanes”, “polacos”, “españoles”, “húngaros”, “ingleses”, “suecos”... que se despedazaron entre sí durante siglos no lo hicieron primariamente como tales sino como “súbditos”: de los Habsburgo, los Jagellon, los Borbón, los Orange, los Vasa, los Estuardo... que imponían además su particular “fe religiosa”. La Revolución Francesa desembocó, tras el Terror, en un imperio gobernado por un general tan sanguinario y autocrático como Napoleón. A partir de ahí, la mayoría de las revoluciones parecen llamadas a seguir esa única pauta: consagrar una dictadura y anegarse en un baño de sangre del que salen, reforzadas, todas las sanguijuelas (Hannah Arendt).

Llegaron los nacionalismos del siglo XIX y las cosas no sólo no mejoraron, sino que sucedió todo lo contrario. Los destinos dinásticos –Hohenzollern, Habsburgo, Karageorgevich, Románov...- y los de los Estados nacionales secularizados se combinaron en la simbiosis más perfecta y terrible para desencadenar la Primera Guerra Mundial. Los “franceses”, “alemanes”, “británicos”, “austríacos”, “belgas”... exangües en las trincheras murieron –se supone- por defender su bandera nacional en una guerra dictada por unas “enemistadas” que se decían “heredadas”. Pero, ¿a través de qué “línea de sucesión”? ¿Qué se escondía tras el nacionalismo, el patriotismo, el chovinismo difundidos por medios de comunicación cartelizados? ¿Quién mueve esos hilos – entonces y ahora- para agitar a las masas y llevarlas al matadero? Quizá nunca existió la Segunda Guerra Mundial, que sólo fue la continuación de la Primera. En cualquier caso, ninguna de ellas ha sido la única del siglo XX ni será tampoco la última de los siglos que a la humanidad le queden por vivir.

### 3. Europa *antes* de Europa: dos momentos

No obstante, el final de la Segunda Guerra Mundial determinó un efímero “nunca más”. En Europa ese lema era particularmente necesario. Su ruina material, sin precedentes, se acompañaba de una devastación moral completa. No se trataba sólo de los efectos de la guerra, sino de las consecuencias de los totalitarismos, que habían llevado a que millones de europeos experimentasen sobre sí mismos una ausencia completa de *humanidad*. Además, ahora ya no cabía achacar en exclusiva los males presentes a las fuerzas tradicionales, resumidas en la alianza entre el *Trono* y el *Altar*. Todo se había vuelto más complejo y más decepcionante también. Responsablemente, los europeos podían interrogarse en sentido crítico sobre sus propias ideologías seculares y los regímenes políticos a los que éstas habían dado lugar.

Tras el fracaso de la reunión europeísta de La Haya (1948) -a la que asistieron bastantes desencantados *résistants*- y que propugnaba una unión política del continente, los pasos siguientes fueron de un pragmático posibilismo. Han transcurrido varias décadas desde entonces. La actual Unión Europea de 2010, constituida por veintisiete Estados miembros y vinculada por una serie de tratados internacionales que han dado lugar a un sistema político e institucional *sui generis*, es la *superestructura* que rige la convivencia entre esos mismos europeos que antes se combatían entre sí y que ahora comparten instituciones comunes en diverso grado.

Lo mejor de todo es que, en y por principio, una guerra abierta entre europeos del siglo XXI es inimaginable. Y aun así, esos mismos europeos que viven en un bienestar objetivo se miran con suspicacia en demasiadas ocasiones. Los avances hacia una integración positiva y real de Europa son un hecho cierto, pero se producen lenta y azarosamente.

A menudo se atribuyen las causas de esta situación –que conviene a todos los que prefieren que Europa sea una ficción política- a que los representantes de las diversas instituciones europeas “carecen de liderazgo”. Eso es verdad. Pero la observación se matiza de inmediato considerando la sobreabundancia histórica de determinada tipología de dirigentes europeos “carismáticos”. Si hubiera que juzgar a muchos de ellos con arreglo a la normativa actual, una mayoría sería condenada como genocida sin remisión. Frente a estos dirigentes visionarios y violentos estarían los invisibles, inaudibles, inaprehensibles millares de ciudadanos anónimos y pacíficos a los que nunca nadie daría

su voto ni seguiría en sus campañas. Por fortuna, existen, y son la única y verdadera base para considerar que Europa merece la pena.

\* \* \*

El presente, ay. Cuando deseo olvidar el aspecto de los dirigentes europeos actuales, uno de mis recursos consiste en evocar la metopa de Selinunte. Se trata precisamente del icono que la editorial española eligió para la portada del libro de Morin, *Pensar Europa*.

Y al verla *pienso en la Europa que fue, es y será*. Y dejo volar la imaginación. Y abandono cualquier soporífera lectura “oficial”. Me convierto en *europaea*, en sentido auténtico. Medito en la esencia eterna implícita en un mito que narra un rapto, esto es, un secuestro seguido de una violación, ejecutados por un dios tronante y patriarcal, Zeus, sobre una doncella que se paseaba con sus amigas por las orillas del mar de Tiro, fenicia por más señas, aunque su padre, Agénor, provenía de Egipto. Su nombre semítico era *Chnas*, que representa al Canán bíblico; lo más probable es que su origen estuviera en la actual Uganda desde donde migró hacia el Norte.

Sonríó al leer todo esto. De manera que si hoy tuviéramos que representarnos a esa *Europa* –cuyo mito ya suscitaba las ironías de Heródoto, que la llamaba “la tal Europa”- posiblemente la veríamos tocada con la *kuffiya* palestina. ¿Por qué no?

La metopa de Selinunte es maravillosa. Y –como indicarían tanto Robert Graves como Martin Bernal como, en otro sentido, Jesús Ibáñez- sirve para subvertir de forma imaginaria la iconografía del mito. Porque es que, al mirarla con atención, más que de una virgen humillada y vencida cabe hablar de un toro cabalgado por una mujer serena, erguida y plena que se desplaza hacia un punto indeterminado. Lo cierto es que en ciertas ilustraciones pre-helénicas de la ciudad micénica de Midea, contenidas en ocho placas vidriadas en azul, se ve a la Sacerdotisa de la Luna que cabalga triunfalmente al Toro-Sol... que será su previsible víctima en un rito sagrado que asegure la continuidad de la Vida.

El nombre de Europa puede derivarse de *eur-ope*, la de la ancha faz que representa a la luna llena, y también de *eu-ropé*, que alude a un riego abundante, beneficioso para árboles vinculados al agua y a los ritos lustrales que acompañaban a Libia, Telefasa, Argíope, Alfesibea, Deméter de Lebedea, Astarté de Sidón... Todas ellas diosas lunares, que no tenían nada de sumisas. Uno de sus festivales, celebrado en el quinto mes del



Año Sagrado designado con la letra “S”, la de la sabia serpiente telúrica que conecta el mundo de los Vivos y los Muertos en el ciclo anual de la regeneración, se asociaba con los sauces, el árbol tutelar cuyas hojas, al caer, dibujan en el aire una espiral –*hélix*, su nombre en griego- que simboliza la resurrección. El nombre cretense y corintio de Europa era *Helotis*, el sauce, aunque también está asociada al sicómoro, consagrado a Helena (Calímaco, *Epitalamio por Helena*). Sus hojas de cinco puntas representaban la mano de la Diosa Lunar; su muda anual de la corteza –como la de la piel serpentina- figuraba la regeneración cíclica y la resurrección. Más tarde, el Dios Solar Apolo –matador de la serpiente Pitia en Delfos- usurpó el símbolo, igual que lo hizo el dios fenicio Esmún con la mano abierta de Tanit.<sup>2</sup>

Uno de mis personajes históricos predilectos desde la infancia es Heinrich Schliemann. De humilde origen, se cuenta que de niño ya se paseaba entre el conjunto prehistórico de grandes piedras –las “rocas de los gigantes”- cercano a su casa, soñando con la *Ilíada* y la *Odisea*. Trabajó con denuedo en el comercio, amasó una fortuna y, llegado a la madurez, consagró su vida a demostrar que detrás de los mitos se esconde a menudo un relato real. Y así, tras vencer ingentes dificultades de toda índole, logró hallar las ruinas de Troya y también el denominado tesoro de Atreo en Micenas, entre otros hallazgos impresionantes. A partir de ese momento, la interpretación de los mitos se enriqueció para siempre con perspectivas mucho más profundas. Arqueólogos, filólogos, historiadores del arte... podían y debían colaborar para elucidar las incógnitas del mundo antiguo.

Por eso puede conjeturarse que la fábula de Europa quizá indique una ocupación helénica de Creta o también una incursión de los griegos en Fenicia, llegados desde Creta (*Cronografías* del bizantino Juan Malalas sobre la “Mala Noche” de Tiro: la fuente es, a su vez, mítica, pero Heródoto, que sí era fiable, coincide con ella). Después de la caída de Cnossos -hacia el 1.400 a. Cr.- hubo una contienda por el dominio marítimo del Mediterráneo oriental. Heródoto lo menciona al hablar de las invasiones que precedieron al rapto de Helena; Apolodoro afirma que Paris invadió Sidón y Agamenón, Misia. Los “hermanos” –Cadmo, Fénix, Cílix, Taso, Fineo- que salieron en busca de la Europa raptada y que se dispersaron por el mundo antiguo posiblemente representaban a varios pueblos de origen púnico que se establecieron en enclaves costeros y fundaron ciudades

---

<sup>2</sup> La fábula señala que la violación de la princesa por parte de un Zeus metamorfoseado de toro en águila ocurrió bajo un sauce o un sicómoro; de aquella unión nacieron tres hijos, Minos, Radamanto y Sarpedón. La madre y Minos fueron confiados a Asterión, hijo de Téctamo, rey de los pelasgos.

y factorías: Chipre, Sicilia, Gádir-Cádiz, Mallorca, Galicia, Cornualles, África occidental... Hacia el año 1000 antes de nuestra era, el alfabeto fenicio fue copiado por los griegos que atribuyeron su invención al héroe tebano Cadmo (“oriental”) que era... ¡uno de los hermanos de Europa!

¿Cómo era *Europa antes de Europa*? Esto es, en tiempos del Neolítico y el Calcolítico. Presumiblemente fue matriarcal. Sus testimonios arqueológicos aún perviven en los diversos rincones de una Europa extensa, que va desde el Mediterráneo hasta el Báltico y desde el Atlántico hasta Siberia. Esa Europa está en todos aquellos lugares donde existen monumentos megalíticos y fascinantes incisiones en las rocas –petroglifos- que muestran símbolos geométricos y abstractos –espirales, laberintos, flechas, puntos- y también animales, puñales, naves y figuras esquemáticas que danzan, y cazan, y adoran a divinidades ignotas entre las que los ciervos y las serpientes destacan como entidades psicopompas.

En aquellas sociedades arcaicas la mujer no estaba ausente de la vida pública ni era relegada al gineceo. Majestuosa, hierática, libre, graciosa, se manifestaba como lo que era, la personificación humana de la Gran Diosa, regente de la Vida y de la Muerte. Aquella Europa se inició en los fundamentos de una cultura agrícola y ganadera, que conoció la metalurgia del bronce, la alfarería, los tejidos, la navegación... No era “idílica”, en el sentido que le darían ahora ciertas corrientes pseudo-mistéricas. Sus rituales incluían probablemente el canibalismo, los sacrificios humanos, la coyunda pública, las liturgias orgiásticas... Los iniciados en sus misterios se tatuaban con glasto, tinte azul característico, y blandían pequeñas hoces que simbolizaban la cosecha, regada con la sangre de víctimas sacrificadas en momentos precisos, y también la castración ritual de los enemigos.

Aquellos pueblos europeos –menos “originarios” que los Neandertales y los Cromagnones pero siempre más “autóctonos” que otros posteriores- dejaron etimologías, toponimias e hidronimias, túmulos y templos, restos óseos, objetos de la vida cotidiana y delicadas obras de arte. Sus emplazamientos ancestrales fueron reutilizados en la mayoría de los casos por los invasores que llegaron luego y cuyo primer objetivo cultural fue la fabricación de nuevos mitos que reemplazaran a los originarios. ¿A quién podría escapársele ahora la ingente cantidad de leyendas que muestran a figuras femeninas humilladas y vencidas, secuestradas, raptadas, violadas, asesinadas, metamorfoseadas... que “adornan” las fábulas patriarcales posteriores?

Los indoeuropeos –de quienes provienen instituciones tan decisivas en Europa como la mayoría de las lenguas vivas<sup>3</sup> o las bases ideológicas del Derecho y de muchos usos consuetudinarios- llegaron desde Asia Central como nómadas itinerantes. Vinieron montados en sus carros tirados por caballos solares sujetos con férreos herrajes, blandiendo sus hachas de guerra que simbolizaban al Dios Celeste que provoca el Trueno, augur de la lluvia beneficiosa para los pastos, rodeados de séquitos de mujeres, niños y sirvientes sometidos, e instauraron un orden patriarcal que perdura hasta hoy.

La filóloga lituana Marija Gimbutas dedicó sus maravillosas investigaciones a averiguar muchos de los aspectos principales de aquel momento cultural de transición, que bautizó como *Old Europe (Alteuropa, en alemán)*.

\* \* \*

*Pensar Europa es pensar libremente.* Que no es poco. En 2010, frente a los ejercicios de autoflagelación en los que los europeos incurrimos tan a menudo –y que son el testimonio de nuestra conciencia crítica, una de nuestras señas de identidad- propongo una *recuperación del sentido europeo de la vida y la cultura* frente a otras concepciones del mundo, encastilladas en su indulgente autocomplacencia, exultante o resentida, según los casos. Al contrario que otras áreas del mundo, representadas por Estados, potencias, naciones, civilizaciones, credos religiosos... y, de nuevo, según los casos, Europa ha reconocido ampliamente sus errores históricos, comunes y particulares, que han sido muchos. Lo cierto es que tras sus “derrotas históricas” –las dos Guerras Mundiales, pero también la de los Balcanes de la década de 1990- siempre está dispuesta a escuchar y atender las reconvenciones y reproches que se le hacen, con razón, desde todos los rincones del mundo en los que bastantes potencias europeas ejercieron el dominio.

Pero además de perversiones como la explotación colonial, el imperialismo, los totalitarismos, el racismo... la denominada “expansión europea” (*dilatatio europaea*) por todo el globo incluye haber logrado que éste fuese definido precisamente como tal y aprehendido mediante un conocimiento *científico*. Siendo así además que los mencionados hechos lamentables tampoco son privativos de Europa, puesto que no

---

<sup>3</sup> Con la excepción de las lenguas del grupo ugrofinés junto con el magiar y, según otros, con el turco (grupo uralo-altaico, según otras clasificaciones hoy cuestionadas), el vascuence (*euskera*), además de los derivados del hebreo y el árabe que aún perviven en los lugares donde ambas ramas de pueblos semitas tuvieron largo e incluso milenarismo asiento (según interpretaciones de la propia Biblia).

existe sociedad humana –salvo la de los esquimales y otras comunidades indígenas análogas, que tampoco son *todas*- que esté exenta de crímenes semejantes, para desgracia de la humanidad en su conjunto. Estos hechos odiosos no responden a un fenómeno de imitación de supuestos patrones europeos, sino que son endógenos de las sociedades concernidas. Como europea<sup>4</sup> todavía espero, además de las comprensibles quejas y reproches hacia Europa, un reconocimiento público y explícito de responsabilidad y duelo por parte de los otros afectados.

Europa es *europaea* en tanto que es *ella misma*. Pero ese *ser ella misma* incluye al resto del mundo al que, desde hace varios milenios, contempla con curiosidad y comprende con inteligencia. Su *rapto* simboliza lo que Europa es y ha sido: que además de invasora ha sido invadida. Una de las máximas lecciones de la Historia, “maestra de la vida” según Cicerón, es que *prescribe*. Es decir, que además de impartir sentencias, tiene fecha de caducidad.

---

<sup>4</sup> Nada “eurocéntrica”, en tanto que afirmo que en *Europa* intervienen elementos asiáticos y africanos tanto étnicos como culturales, desde el origen de los tiempos. Sin ellos, Europa no sería lo que es.